

APRENDA A ESCRIBIR MAL. COMO TRIUNFAR EN LAS CIENCIAS SOCIALES RESEÑA

Por: Edgar Nayar Rodríguez Soriano

Si uno no tuviese contexto de la postura de Billig probablemente pensaría que el título tiene un error de imprenta que habrá cambiado la palabra “bien” por su antónimo, no obstante, el autor presenta, con la ironía que acompañará al lector durante el recorrido de los capítulos, su postura ante la forma de escribir en ciencias sociales. Aprender a escribir mal porque los que triunfan en ciencias sociales deben bajar la calidad de su escritura. La anterior afirmación es sin embargo un resumen muy simple del análisis de Billig, ya que no solo basta escribir mal para ser exitoso, también es necesaria la organización de grupos académicos en el seno de las universidades que acaparan los puestos, las becas, los contactos y demás.

La Introducción es un capítulo en el que Billig plantea el panorama general de la escritura en ciencias sociales, y el diagnóstico al respecto no es alentador. La escritura y, por ende, el propio estado del conocimiento académico no tiene la calidad y claridad que puede suponerse por la amplia terminología y nominalizaciones que se encuentran en las publicaciones y trabajos de grado. Lo paradójico del asunto es que para escribir tan mal uno debe educarse bastante, la mala escritura en ciencias sociales requiere el manejo de conceptos ajenos al lenguaje común, requiere crear siglas para prescindir de explicaciones amplias, de nombrar cosas y no a quiénes las hacen, entre otras actividades que más adelante detalla Billig.

La parte desalentadora es que el éxito en ciencias sociales parece implicar que uno debe acoplarse a estas prácticas para alcanzar el estatus de científicidad que las publicaciones más influyentes requieren. Y es que es algo de lo que parece no haber escapatoria, al punto que el autor advierte que su obra no puede considerarse el inicio de una revolución en la escritura porque todo intento parece vano. En ese sentido el autor es consistente con sus críticas a la forma de escribir y que el problema es más amplio de lo que parece. Billig admite desde el principio que durante la obra el lector podrá, en más de una ocasión, encontrar las actividades que él condena, lo cual es también un recurso retórico para convencernos de la validez de sus observaciones. Lo mismo ocurre cuando presenta en extenso una propuesta de revisión de trabajos que considera ejemplares de los problemas que dice, y después admite que su selección quizá pudo ser mejor y menos conveniente a sus argumentos.

No obstante, lo anterior, sus observaciones siguen siendo pertinentes en tanto que, la escritura, forma de comunicación de la que dependemos la mayoría de los científicos sociales, no es colocada bajo el escrutinio que merece. Además, cabe señalar que la crítica se circunscribe a un área particular de las ciencias sociales en tanto que, en efecto, sería muy difícil sostener que en la totalidad de las ciencias sociales las observaciones

del autor ocurren. No hay alguien capaz de consumir todas las publicaciones que se realizan en su propia disciplina menos aún en el resto de las ciencias sociales.

En el Capítulo 2, Publicación masiva y vida académica, los señalamientos y reflexiones en torno a la vida académica que impactan la forma de escritura de los académicos son, desde mi punto de vista, centrales para entender el éxito en ciencias sociales. Es decir, el problema parece ser más amplio que unos cuantos académicos que no encuentran tiempo para pulir su escritura. Esto implica que más allá del título de la obra, no solo basta escribir mal para ser exitoso en ciencias sociales, pues hay un conjunto de prácticas en la academia que propician una forma de trabajo heredada de un modelo empresarial que se consagra a la investigación.

Las universidades promueven en sus académicos la publicación constante para mantenerse en los rankings más altos, lo cual atrae inversiones y alumnos ricos que hacen donaciones a las instituciones. Ante lo cual Billig pregunta: ¿el sistema académico actual propicia una buena o mala escritura? Los académicos no se pueden dar el lujo de investigar algo y escribir simplemente porque les parece interesante o por el cosquilleo intelectual, lo tienen que hacer porque publicar es lo que mantiene la maquinaria andando, lo cual inevitablemente afecta la escritura. Los académicos encuentran poco tiempo para redactar de forma clara porque los tiempos institucionales de las becas, de informes anuales y de planes de estudio requieren celeridad, en palabras de Billig: la escritura fácil hace lectura difícil. Los tiempos en los que uno debe publicar se hacen cada vez más cortos, y no solo se nota en el estilo también en el contenido. Esta lógica empresarial puede aplicarse a la propia obra de Billig, quien quizá no estaría en descuerdo en afirmar que redactar un libro para la buena escritura hace poco o nada por atacar el problema institucional que propicia este tipo de publicaciones.

La actividad de publicar es algo que no tiene un punto final establecido. Importa poco que uno repita información de artículos que ya ha publicado porque no hay un número final al que llegar, la consigna es engrosar nuestra lista de artículos cada año. El académico representa una imagen del Sísifo moderno empeñado en publicar, invadido por sentimientos de orgullo al ver lo que ha conseguido, y miedo al ver que si para de hacerlo la piedra se le vendrá encima en la forma de menos becas, menos plazas, menos ponencias, menos invitaciones a programas de televisión y radio, etc.

Otra de las prácticas que Billig reconoce en la escritura es la formulación excesiva de nombres para referir actividades. Nominalizar es una actividad que según el autor es productivo para ciencias físicas y biológicas, pero no así para las sociales, es algo que funciona en detrimento de una buena explicación. La hipótesis es que posiblemente, en el afán de parecerse más a los científicos de las ciencias naturales, los científicos sociales y particularmente los psicólogos sociales experimentales llenan sus reportes de ificaciones

e izaciones para describir lo que la gente hace. Lo cual no lleva a más precisión en el lenguaje sino a dificultades para leer e información incompleta respecto a quién hace qué en concreto.

En el Capítulo 3, Aprendiendo a escribir mal, se examina el proceso que atraviesan los estudiantes universitarios para emplear el lenguaje apropiado de su disciplina, lo que apunta Billig es que ese proceso no ayuda necesariamente a la comprensión de los conceptos. El uso de las palabras no garantiza la comprensión de éstas y lo que se les pide a los estudiantes no es que las entiendan, sino que las ocupen. Los exámenes son pruebas de manejo retórico, buscan calificar el nivel de uso de la prosa académica. El uso de las palabras de la disciplina no es síntoma de que el estudiante haya aprendido el sentido de estas. Uno puede hacer frases literariamente correctas con palabras que no entiende.

Ante la distinción de uso y comprensión de las palabras Billig plantea que en ese sentido no existe una distancia tan amplia entre estudiantes y profesores como pensaba Bourdieu. Lo que identifica en los profesores es que son capaces de hilar palabras y conceptos particulares, sin que las entiendan. La cuestión que aquí señala Billig es crucial en tanto que lo que se promueve es una fachada de conocimiento, una fachada compuesta por conceptos pomposos cuya utilidad no es hacer más clara una idea sino certificar que uno está familiarizado con esos conceptos. Es decir, no se emplea el lenguaje para ser más claro sino para dejar evidencia que uno es lo suficientemente diestro para crear frases con tales o cuales palabras.

El uso del lenguaje ciencias sociales además de servir para la autopromoción es útil también para construir neutralidad desde la cual explican las cosas. Para la neutralidad Billig reflexiona en algunas frases recurrentes en las publicaciones y en general en la forma de describir los hallazgos. Como resultados que “sugieren cosas” sin intermediarios, o como “los datos indican que” tal o cual podría ser el caso. Esa forma de escritura sugiere que la realidad es la que indica el estado de la cuestión y no el investigador. De esa forma se crea ambigüedad con respecto a las aseveraciones porque, aunque no haya manera de comprobar lo que “sugieren los datos” queda la puerta abierta a la posibilidad. Lo cual sigue siendo una práctica vigente en las publicaciones. La neutralidad es una aspiración que se busca transmitir en la escritura de los resultados de una investigación y la manera más simple es volver a los objetos de estudio objetos en sí mismos.

Lo que Billig señala con la neutralidad es una práctica que tiene el fin de minimizar, atenuar, o despreciar quizá, la relación inseparable del investigador con su objeto de investigación. Al ocultar esa relación el objeto de estudio se convierte en un objeto en sí mismo que anda por ahí en el mundo, aguardando la mirada neutral de un buen investigador que haga una descripción de sus componentes. Por eso acuñan frases que

aducen un estado de cosas en el que ellos no tuvieron nada que ver. Sin embargo, nuevamente podemos utilizar la misma lógica para analizar el diagnóstico de Billig. Describe la situación de la escritura como si fuese algo externo, que sucede mientras él es testigo, como si neutralmente estuviera estableciendo las condiciones de la neutralidad en los discursos científicos, utilizando recursos retóricos como ubicarse a sí mismo como un investigador que ha formado parte de esas prácticas en psicología experimental.

En el capítulo 4, Jerga, nombres y acrónimos, Billig ahonda en el tema de construir nombres para describir actividades, algo que es utilizado por los académicos para certificar la pertenencia a cierta perspectiva dentro de la disciplina en cuestión; y para separarse del público en general, pues no se trata de una descripción de sentido común sino científica. La observación de Billig es que enlazar tantos nombres no aclara la idea que los une. De acuerdo con su análisis es más provechoso para una explicación utilizar verbos para dar cuenta de una actividad y, sobre todo, identificar quién hace qué cosa.

Una descripción clara necesita de más palabras y menos nombres, no obstante, las publicaciones de hoy en día requieren aprovechar cada línea que sea posible en las revistas, de tal manera que los nombres y acrónimos sirven para ahorrarse la descripción extensa. A tal punto llega que hay acrónimos para referirse a los acrónimos de tres letras (ATL). Y, entre los beneficios que se obtienen al utilizar acrónimos, está la solidez que adquieren al ser usados, ya que les proporciona realidad a los objetos de los que se habla, les da una existencia que requiere ser tomada en serio. Construir acrónimos retóricamente permite cosificar procesos que se justifican por sí mismos.

En el Capítulo 5 Convirtiendo a las personas en cosas, Billig se acerca a una práctica relacionada con la construcción de conceptos, el acto de nominalizar, a través de las “izaciones” e “ificaciones”. Esta práctica orienta el reflector de la acción a los conceptos y no a las personas. El ejemplo más claro es el de la reificación. Los académicos escriben de la reificación como si fuera algo en sí mismo, un concepto que lleva a cabo cosas, en lugar de personas reificando. Lo paradójico es que el concepto de reificación es utilizado para denotar precisamente el acto de construir un mundo que niega a su constructor. La cuestión, a mi entender, no es simplemente escribir de reificación o de personas reificando ya que con ambas opciones pueden asumirse realidades a partir de planteamientos abstractos. El punto que hay que valorar en la crítica de Billig es que ni siquiera el propio concepto de reificación es algo ontológicamente seguro, es decir, no puede asegurarse que efectivamente la reificación es algo que ocurre en la realidad. Al decir que la reificación da estatus ontológico a algo, se olvida que esa afirmación está haciendo lo mismo que señala. Lo mismo ocurre con los conceptos a los que se les agrega una ización, como la mediatización, la globalización, la individualización, y aunque Billig

no lo menciona: la normalización. La recomendación es no hacer de los conceptos sujetos y de los sujetos objetos.

En el Capítulo 6, Cómo evitar decir quién lo hizo, Billig señala que al desplegar nombres para actividades se omite al actor que lleva a cabo la acción. Nominalizar actúa en detrimento de la precisión, aunque tenga apariencia científica. Y es que, al dar nombres a las actividades, las descripciones echan en falta la explicación detallada de cómo suceden y quién las hace. Esta actividad además se complementa con el lenguaje pasivo, con el cual las actividades son descritas como si estuviesen despobladas de gente. La voz pasiva es una actividad que afecta la calidad y cantidad de información que damos, por ejemplo, no es lo mismo decir “policía ataca a manifestantes” que “ataque a manifestantes”. Nominalizar y pasivizar reduce la información.

En los Capítulos 7 Algunas cosas sociológicas: gubernamentalidad, cosmopolitización y análisis conversacional y 8 Psicología social experimental: escondiendo y exagerando, Billig ofrece ejemplos de sus reflexiones realizadas. En estos capítulos analiza el concepto de gubernamentalidad como un objeto que ha cobrado vida propia en la sociología. Se ha pasado de escribir acerca de las acciones que conformaban la gubernamentalidad a la gubernamentalidad como un campo de estudio en sí mismo. El foco ya no son las personas y sus acciones bajo cierto tipo de gubernamentalidad sino los estudios gubernamentales. Algo similar sucede en el análisis conversacional, una propuesta que debería orientarse a describir las acciones de forma clara, termina por atascarse en terminología que prescinde del lenguaje ordinario y oscurece las acciones.

Finalmente, Billig cierra hablando de la Psicología social experimental y la aspiración de sus académicos en ser una suerte de científicos naturales. No es casual que en las introducciones de sus publicaciones en seguida resalten el carácter científico de la psicología social. Destaca algunas actividades que ya ha señalado en los capítulos anteriores y las ejemplifica con trabajos experimentales. Por ejemplo, lo que suele buscarse en experimentos es una diferencia estadísticamente significativa sin darle importancia a las frecuencias de las actividades que efectivamente realizaron las personas. Es interesante que al reportar los resultados prefieran el lenguaje de los porcentajes y no uno más simple que indique simplemente las actividades en cada condición experimental.

Si bien hay bastantes recomendaciones que podríamos tomar del trabajo de Billig, su diagnóstico es pesimista, no se atreve a proponer una reforma amplia en las universidades porque considera que su trabajo será tomado con poca seriedad y pasará desapercibido. Aunque no le falta razón al pensar que difícilmente un libro puede cambiar toda una serie de prácticas institucionalizadas (a las que su propio trabajo contribuye), la vigencia de sus observaciones no puede demeritarse, y el deseo de mejorar la escritura en las ciencias sociales,

a pesar de alejarnos del triunfo, encuentra eco entre académicos y estudiantes que como Billig en su juventud, se sienten ajenos a la jerga oficial y consideran que, quizá, deberíamos preocuparnos por entender conceptos y menos por memorizarlos; y escribir claro para variar un poco.

BIBLIOGRAFÍA

Billig, M. (2014). *Aprenda a Escribir Mal. Cómo Triunfar en las Ciencias Sociales*. México.